

Las dos manos

Hace ya mucho, hace ya demasiado, hubo un de par gauchitos simplones, simpáticos y atolondrados. Fulvio y Tomás, hijos de peones de estancia, y padres de otros tantos, nunca aspiraron a mucho, pero no es que muchos aspiraran a algo.

Volvían una noche de la pulpería con paso cansado, con la sonrisa en la cara de quien ha bebido mucho, y que en un par de apuestas con naipes bastante ha ganado. A campo traviesa, cruzando por los montes, para poder llegar al rancho sin que se entere el patrón. Con el facón en la espalda por si aparece algún lión, y haciendo ruido en los pastizales para espantar a inoportunas alimañas que por allí anduvieran, caminaban con la costumbre y las mañas de quien ha vivido en esos montes desde siempre.

Como todas las noches, repasaban los relatos locales sobre salamancas, aparecidos, luces malas y animales peliagudos. El misterio de los últimos tiempos eran las ovejas que aparecían mutiladas. La gran mayoría había amanecido en la plaza del pueblo la mañana siguiente a alguna noche con mucha luna, pero algunas otras habían sido encontradas en el patio de la capilla o en la orilla del arroyo. A tal punto que algunos parroquianos, los más crédulos, empezaban a hablar de lobizones y levantaban sospechas y desconfianzas entre los vecinos.

Quizás sólo para reirse un rato, o quizás para envalentonarse un poco antes de llegar al claro, solían inventar hilarantes versiones de las tradicionales leyendas: esa noche, después de tanto lobizón, se divertían aullando a coro. Entre risas y carcajadas, al entrar en la fría oscuridad de la quebrada a mitad de camino, apuraban el paso.

Al llegar al tala grande, al lado del arroyo que baja desde la quebrada, se saludaron con apenas un destello en los ojos y cada uno rumbeó para su rancho.

Fue después de avanzar algunos minutos que Tomás escuchó unos pasos lejanos a sus espaldas. Sabía bien que en casos como ese, cuando se trata de algún gualicho, lo mejor es no darse vuelta y seguir andando. En un instante todo el alcohol en la sangre había desaparecido al tiempo que oía esos pasos acercarse apresuradamente y cientos de imágenes borrosas se le cruzaban por los ojos. No muy lejos oyó un balido quejumbroso y no pudo más que pensar que seguramente la mañana siguiente habría una nueva oveja tirada en la plaza.

Cada vez más apurado y asustado, palpaba la suave madera del mango con una mano, y se persignaba con la otra. Fue entonces que sintió algo tocándole el hombro izquierdo y un frío de mil inviernos le recorrió la espalda.

Mientras daba media vuelta, la luna brilló sobre filo del facón recién desenvainado y el poncho, que hasta hace poco descansaba en el hombro, dibujó un abanico en el aire mientras la hábil mano izquierda lo tironeaba de una punta.

Poco brilló la hoja, porque antes de terminar la vuelta ya estaba entrando por la garganta de un Fulvio sorprendido y asfixiado. En una mano, el moribundo ofrecía el puñado de monedas de la última apuesta que se habían olvidado de repartir, en la otra, un manojo de lana teñido de sangre, como recién arrancado.